

la civilizacion adquiere cada vez mas desarrollo é incremento; los tronos de Napoleon, de Leopoldo y de Victoria, no vacilan por los ataques de la prensa de oposicion, y á los periódicos oficiales y semi-oficiales incumbe refutar dichos ataques, y hacer á la opinion pública favorable á las miras del gobierno.

Si alguna vez hemos de comenzar, por fin, á pensar sériamente en el progreso y en el engrandecimiento de México, fuerza es dejar toda su libertad á la emision del pensamiento. Si la *Sombra*, la *Orquesta*, la *Idea liberal*, el *Noticioso* y otros colegas por el estilo, pueden decir alguna vez cosas que no estén de acuerdo con las ideas y las intenciones del gobierno, ahí están los periódicos oficiales de los Departamentos, ahí están el *Diario del Imperio*, la *Nacion* y el *Mexicano*, que con la ilustracion y cordura que los distinguen, pueden reducir á la nada nuestras teorías y nuestros argumentos.

La libertad absoluta de la prensa es una necesidad urgente para un gobierno que, por medio de concesiones liberales, desea granjearse las simpatías de toda una nacion.

XXVIII.

Como desbarran los sabios.

(Enero de 1866. Publicado en el "Noticioso" de Veracruz.)

Los últimos acontecimientos de Bagdad han hecho que se eleve un grito general de justa indignacion contra los autores de tan inauditos atentados, y apénas habrá periódico que no haya anatematizado tan atroces crímenes, ni persona honrada que no se indigne al escuchar la narracion de unos hechos, que, si no son exagerados, solo pueden compararse con los que tuvieron lugar en Tillemont en la época de Luis XIII, y fueron cometidos por los soldados franceses al mando del general Mr. de Chatillon.

Todos están de acuerdo en que esos actos de caníbales merecen la reprobacion del mundo entero, y el castigo ejemplar de los que los perpetraron; pero todos tambien, aun los periódicos franceses mas hostiles á México y al partido liberal, convienen en que este no ha tenido el menor participio en aquellas barbaridades, y confian, con razon, en que las reprobará, y en que participará de la indignacion general.

Al referir los sucesos, han tenido cuidado la *Estafeta* y la *Nueva Era*, de establecer de una manera clara y terminante, que ni Cortina, ni Escobedo, ni otro gefe ó soldado alguno de los que en nuestro país pelean en favor de las instituciones republicanas, tomaron parte en el saqueo de Bagdad.

Estaba reservado á la *Nacion*, periódico calificado de semi-oficial por la prensa toda de la capital de México, y que tiene las mas exageradas pretensiones de sabiduría y buen juicio que puedan imaginarse, el echar un borron infamante sobre el Sr. Juarez y sus partidarios, atribuyéndoles toda la culpa de hechos de que estaban tan ajenos, como podia estarlo el mismo erudito escritor de la *Nacion*.

Bueno es que este periódico defienda la causa que ha abrazado; bueno es que incense á sus ídolos, hasta ahogarlos con el humo que despide su incensario; pero serviria mejor á su causa, halagaria mejor á los que le pagan, si no echara mano de groseras calumnias y de odiosas acusaciones contra los que, perseguidos por bayonetas extranjeras, creen defender el principio de nacionalidad é independencia de México, y el de legitimidad de un gobierno; cumpliria mejor su mision de aprobador ciego de todos los actos del Imperio, si á ella se limitara, y no con mala fé tratara de arrojar un baldón sobre una causa cuyos principios han sido aprobados y confirmados en su mayor parte por el Imperio, y sobre un hombre en quien el mismo Maximiliano ha

reconocido cualidades estimables, que le hacen digno de la consideracion y del respeto de todos.

Para que nuestros lectores juzguen de las apreciaciones del periódico semi-oficial del Imperio, reproducimos, en seguida, parte de su singular artículo. Héla aquí:

"..... Y no se nos diga que Escobedo llegó á Bagdad cuando ya todo estaba concluido, ni que á Cortina no se le vió por allí; porque para nosotros, ellos son mas culpables que los que ejecutaron materialmente los hechos, y mas culpables todavía que Cortina y Escobedo, lo son Juarez y los que le inducen á sostener en el país la guerra civil que le asuela y arruina, sin mas propósito que mantenerse en un puesto usurpado nominal; pero con una sombra de autoridad, que les proporciona la ocasion de imponer contribuciones y vejar á los pueblos que tienen la desgracia de sufrir sus depredaciones.

"Para nosotros, esos son los verdaderos culpables; porque el que es causa de las causas, es causa de lo causado, etc."

Prescindiendo de algunas cosillas que en los citados párrafos de la *Nacion* podrian dar motivo á controversia, nos limitaremos á recoger una prenda que ha soltado el periódico semi-oficial; establece un principio, que aplicable al objeto que dicho periódico se propuso, no puede ser mas conveniente para lo que quiso probar; pero que si le aplicamos á lo que tiene relacion con el Imperio y sus partidarios, estamos seguros de que le rechazará abiertamente, y le negará, sobre todo, la aplicacion general que ha querido darle.

El que es causa de las causas, dice la *Nacion*, es causa de lo causado. Si aceptásemos este principio, remontándonos á los años anteriores y que no están aun muy distantes, fácil nos seria probar al periódico de México, que á ser cierta su premisa, los

que trajeron la intervencion á México, causa de la salida del Sr. Juarez de la capital, causa de la situacion á que el gobierno de la República está reducido, situacion que ha sido causa de que los Estados Unidos tomen parte en nuestros asuntos, son, como causa de todas estas causas, causa de lo causado en Bagdad, y que por consiguiente, ellos y no el Sr. Juarez ni sus partidarios, son los únicos culpables de los atentados cometidos en aquella ciudad.

A admitir ese principio singular, Maximiliano, que ha llamado á su servicio á las tropas austriacas, seria culpable del asesinato que dos soldados de dichas fuerzas perpetraron, pocos días hace, en Orizava, en la persona del Sr. Sologuren, puesto que siendo causa de que dichas tropas viniesen al país, es causa de lo causado por ellas.

Dios, la soberana causa de todas las causas, como le llama la doctrina, seria el único culpable de todos los crímenes que se cometen en el mundo, puesto que por su causa existimos todos los hombres, así los honrados como los pícaros, los buenos como los malvados, los escritores sabios y eruditos cual los de la *Nacion*, como los tontos é ignorantes cual los del *Noticioso*, etc., etc.; y ningun juez podria castigar á un criminal, porque este pobre no deberia cargar con la pena de la culpa de que el Sér Supremo era el único responsable; la *Nacion* no podria estar ufana de sus artículos, porque Dios y no su redactor seria el que los escribiria; y en el presente caso, tendria que convenir, en contra del

dogma, que el diablo deberia ser tambien causa de las causas, puesto que Dios no podria refutarse á sí mismo en nuestro periódico, por lo que escribió en la *Nacion*.

Ya ve este periódico que, en el terreno de la lógica, podriamos deducir de su proposicion silogismo tras de silogismo, para probarle que sus argumentos carecen de fundamento, y deseariamos que no le cegara tanto el espíritu de partido, para que, escribiendo con mas conciencia, no padeciera en nada su reputacion de sabio y de juicioso.

Los únicos responsables de los atentados de Bagdad son sus autores, y no el Sr. Juarez ni los liberales, así como los del asesinato del Sr. Sologuren, lo son los dos soldados austriacos que le perpetraron, y no Maximiliano. Dichos atentados han excitado la indignacion universal; si ellos son ciertos, el gobierno de Washington sabrá castigarlos ejemplarmente. A la prensa mexicana toca señalarlos, anatematizarlos, pedir que sean castigados, pero no excitar con ese motivo las pasiones, que demasiado encendidas ya, necesitan ser calmadas por cuantos medios sean posibles, mejor que animadas y exaltadas por odiosas acusaciones, que exacerban los ánimos, y fomentan los rencores.

XXIX.

Cosas de la "Nueva Era."

(Enero de 1866. Publicado en el "Noticioso" de Veracruz.)

La *Nueva Era*, siempre pronta á hacerse eco de odiosas acusaciones, dispuesta siempre á arrojar fango al rostro de los mexicanos, se olvida de lo que ha dicho hace pocos días respecto de la ninguna parte que Escobedo y Cortina tomaron en el asalto de Bagdad, y repite, con motivo de un párrafo de la *Sombra*, las singulares apreciaciones que sobre el mismo asunto hizo la *Nacion*, y refutamos en nuestro artículo anterior.

Ya hemos dicho lo bastante para probar cuán infundados son los cargos que con motivo de lo ocurrido en Bagdad se hacen al partido liberal; ya hemos demostrado, hasta la evidencia, lo falso del principio que sirvió de base á la *Nacion* para hacer responsables al Sr. Juarez y á sus partidarios, de los crímenes cometidos, en aquella pequeña poblacion, por los negros de los Estados Unidos; hemos puesto de manifiesto tambien, las deducciones que podrian sacarse de semejante principio, y las con-

secuencias que de su aceptacion lisa y llana resultarían en contra de la moral universal, puesto que cada hombre podria entregarse á los mas deplorables excesos, teniendo por disculpa, que no él, sino Dios, era responsable de sus maldades, puesto que le habia creado y era causa de que estuviese en el mundo.

Ahora vamos á ocuparnos en contestar al periódico francés, que, aceptando y desarrollando el principio de su colega semi-oficial, concluye negando á los liberales el derecho de asombrarse y de indignarse por crímenes que ningun hombre honrado y de corazon puede aprobar, aunque esté cegado por el espíritu de partido.

Y decimos que la *Nueva Era* niega el derecho de indignarse por esos crímenes; pero, lo cierto es, que el periódico francés no concede siquiera, á los liberales, que su indignacion sea verdadera, sino que cree que al manifestarla, representan un papel de comedia. Su artículo que nos ocupa, concluye con estas palabras: "¿Con qué derecho se aparenta el asombro y la indignacion, cuando da (la intervencion americana) los únicos frutos que se podian esperar de ella?"

No es posible llevar á mayor grado la exageracion y la mala fé. ¿Quién obligaba á la *Sombra* á decir que se alegraba de que los gefes liberales mexicanos no fuesen cómplices de los atentados de Bagdad? ¿Quién la obligó á llamar á tan deplorables acontecimientos, hechos que rechazaba el pa-

triotismo de los liberales, cualesquiera que fuesen sus ideas políticas? Nadie que nosotros sepamos, y si la *Sombra* publicó esas líneas, es preciso convenir en que lo hizo movida por un sentimiento noble y digno, y que sus palabras fueron producidas por uno de aquellos arranques del corazón que nadie es dueño de contener, y que no pueden ser mas sinceros.

Ahora, en cuanto á los frutos que debian esperarse de la intervencion americana, es claro que los partidarios de esta no podian preverlos tan funestos para su propia patria, y que si así no fuera, un sentimiento mas poderoso que la obstinacion del partidario político, el amor al país en que se ha nacido, los habria obligado á limitarse á sus propios esfuerzos, y no solicitar auxilio extraño para volver el poder al único gobierno legítimo para ellos.

Por otra parte, no es justo confundir á un puñado de negros embriagados con el placer de su reciente emancipacion, sin disciplina alguna militar, sin mas idea política ni aspiracion que la de poseer, y dados, por consiguiente, al pillaje y á los excesos, con todo el ejército norte-americano, que digno y valiente, ha manifestado en la última guerra civil que podia disputar el título al que se llama hoy el primer ejército del mundo.

Si una nacion que, como los Estados Unidos, puede disponer de ejércitos grandes y disciplinados, se hubiera decidido al fin á intervenir en nuestros

asuntos, tomando una parte activa en ellos, no habria mandado de avanzada á esos aventureros, ni habria tampoco dirigido sus ataques contra Bagdad, ciudad de tan pequeña importancia, cuya posesion en nada influiria para el éxito de la guerra.

El saqueo de esa poblacion es una tentativa aislada de un puñado de filibusteros, obrando por su cuenta y riesgo, y no tiene, por consiguiente, para nosotros, la grande importancia política que se le quiere dar. Es muy probable que el gobierno americano rechace, como los liberales, toda connivencia y complicidad con los que se mancharon cometiendo tan atroces crímenes, y un ejemplar castigo vendrá á poner fin á las conjeturas que con motivo de ellos se han hecho.

El gran partido liberal, completamente ageno á esos atentados, tiene derecho, y muy grande, para indignarse contra ellos; y tiene mayor derecho todavía, para indignarse contra los que, incapaces de comprender ciertos sentimientos, y acostumbrados á fingir eternamente, no se conforman con solo acusarle de complicidad con los bandidos, sino que le niegan tambien la sinceridad de sus demostraciones.

Si los representantes del Sr. Juarez solicitan en los Estados Unidos el apoyo de la intervencion americana; si obligados á luchar en defensa de sus principios con un ejército extranjero, llamado al país por unos cuantos enemigos del liberalismo, recurren á sus vecinos, como á un pueblo amigo, para

que les ayuden á librarse de ese ejército, y hacerle abandonar el país, creen tener mayor derecho para ello, que el que tuvieron los que solicitaron la intervencion francesa; porque estos no representaban mas que una bandería política, y querian derrocar á un gobierno establecido; y aquellos, obran á nombre de un gobierno, al que la fuerza de las armas obligó á salir de la capital. El resultado á que aspiran, es el de que vuelvan á regir en el país las instituciones republicanas; la guerra tiene inconvenientes y peripecias, que si se pueden prever, no pueden evitarse; y suponiendo que los que atacaron á Bagdad fuesen auxiliares de los que al otro lado del rio ha ido á buscar el partido republicano, este no es responsable de lo que ellos hicieron guiados por sus malos instintos, pues que han sido enganchados para combatir por un principio, y no para destruir poblaciones; y es tan extraño que se les niegue á los liberales el derecho de indignarse de los crímenes cometidos por esos hombres que, á mayor abundamiento, no se sabe aún si son auxiliares suyos, como lo seria el negarle á Maximiliano que puede causarle indignacion el asesinato de Sologuren, ó cualquiera otro crimen que en la esfera de lo posible está que cometan los austriacos, venidos á México con el único fin de sostenerle y defender su trono.

XXX.

El trabajo obligatorio.

(Febrero de 1866. Publicado en el "Pensamiento" de Veracruz).

Por los periódicos de México hemos visto que en aquella capital se ha dictado una disposicion, para que los dueños de fábricas y talleres pasen á la autoridad una lista semanal de los obreros que no concurran al trabajo los lunes, con el objeto de que sean castigados, aunque la orden en cuestion no dice la pena que debe imponérseles, ni á qué tribunal serán consignados, ni con arreglo á qué ley se les juzgará.

Siendo este, á primera vista, un asunto local de la capital de la nacion, parecerá acaso impropio que nos ocupemos en él; pero para nosotros es mas que una providencia simple de buena policia, é importa la violacion de una garantía preciosa concedida al hombre desde que nace, la de usar de su libre albedrío.

Bueno es que la sociedad reprima todo aquello que en su perjuicio propio pueda resultar, y castigue severamente al que turbe su tranquilidad ó

ataque las propiedades y las vidas de los miembros que la componen; tiene derecho para ello, y un derecho sagrado, indispensable para su conservacion. Pero que en un país adonde, á Dios gracias, se odia todo lo que da la menor idea de esclavitud, se quiera imponer como una obligacion el trabajo, y el trabajo continuado, incesante, sin conceder un solo día de descanso al obrero que ha gastado dispendiosamente sus fuerzas en toda una semana, es lo mismo que querer introducir el único mal de que hasta ahora no podemos quejarnos, y establecer en un suelo, donde, gracias á las conquistas de libertad y de progreso por las que derramaron su sangre nuestros padres, se es libre por solo el hecho de imprimir en él la planta, una servidumbre intolerable.

Si se les niega á los obreros el derecho de descansar el lunes, debia prohibirse á los dueños de fábricas y talleres que los hagan trabajar el domingo, y esto, aunque daria mas idea de equidad, no seria absolutamente equitativo, porque en nuestro concepto, á nadie puede negársele el derecho de descansar del trabajo el día de la semana que mas le plazca para ello, siempre que de la suspension de sus tareas no resulten males á la sociedad.

Castíguese en buena hora á los obreros que en el día de descanso se embriagan, riñen, ó se entregan á cualquiera otro exceso, turbando el reposo y la tranquilidad de las personas pacíficas. Obsérvense y pónganse en todo su vigor las leyes sobre va-

gos, que sin oficio conocido, sin mas profesion que la de atacar los bolsillos ajenos, abundan tanto en la mayor parte de las poblaciones, y que son nocivos á la sociedad; pero es una inconsecuencia, y hasta cierto punto una injusticia, confundir con esa escoria de las ciudades, á honrados artesanos á quienes nada es mas justo que conceder el derecho de descansar de su trabajo una vez á la semana.

La mayor parte de ellos, como dejamos asentado arriba, trabajan los días festivos porque así lo requieren sus profesiones, y nada mas natural que siéndoles imposible descansar el día en que todo el mundo descansa, elijan otro para pagar ese tributo á la debilidad de su naturaleza; tributo que, segun nos enseña el dogma de nuestra religion, fué Dios el primero en pagar, con todo y ser tan superior á nosotros, haciendo el mundo en seis días y descansando el sétimo.

La vida es una sucesion de trabajo y de descanso, y toda la naturaleza está sujeta á esa ley universal; lo mismo las plantas que los animales, lo mismo el hombre dotado de fuerza y robustez que el débil y enclenque; los genios creadores detienen en su mente el curso de las ideas, para entregarse al sueño que les devolverá sus fuerzas agotadas y dará nueva vida á su pensamiento; y la perspectiva de un día de descanso al fin de una semana de trabajo, de un día en que los goces de cualquiera clase que sean, ocupen el lugar de la fatiga, de un día en que á sus anchas podrá hacer lo que le dé

la gana, sin tener que obedecer las órdenes de un sobrestante, es para el obrero lo mismo que para un viajero, que ha hecho una larga jornada, la idea de una buena posada donde encontrará cama y cena. Así como este aguija á su cabalgadura y se olvida de su cansancio con el afán de llegar al albergue, aquel trabaja con mayor gusto y olvida sus fatigas, pensando en el domingo ó el lunes, que le proporcionarán placeres de que no disfruta en el taller.

No es infringiendo esa ley como se logrará inspirar el amor al trabajo á nuestro pueblo. Lo primero que debe hacerse para conseguir ese objeto, es crearle necesidades y proporcionarle por el trabajo los medios de cubrirlas. La ignorancia en que hasta ahora ha estado sumergido, es la causa principal de que se conforme con tan poco, y pueda vivir casi sin trabajar. Propagando en él la instruccion, haciendo nacer por medio de ella, en su mente, la idea de la dignidad del hombre, y el conocimiento de sus derechos, será como se consiga que forme de sí propio una opinion mas elevada, y trabaje con mas gusto para satisfacer necesidades que hoy no lo son para él. Una vigilancia extraordinaria de las autoridades para impedir que carezcan de instruccion los hijos de los pobres, la eleccion de buenos y bien dotados profesores, que comprendan bien sus deberes y la noble mision que les está confiada; arbitrar medios que sirvan de grande estímulo á los adultos ignorantes, y que los atraigan á escuelas

que deben fundarse para que ellos reciban instruccion, serán los únicos medios que nos conducirán poco á poco al resultado que de un golpe se ha creído obtener con la disposicion de que hemos tratado en este artículo.

El trabajo se hará por sí mismo obligatorio á los hombres que en él vean un medio de cubrir sus necesidades; pero llegado este caso, el gobierno debe cuidar de que á nadie le falte obra, para que el desaliento no se apodere de los que, queriendo ganar su vida honradamente, se encuentren sin tener en qué emplear sus fuerzas y hacerlas productivas. La creacion de grandes talleres nacionales, en los que las horas de trabajo alternen con horas de instruccion moral, científica y artística, realizaria de una manera conveniente cuanto puede apetecerse en materia de ilustracion y laboriosidad del pueblo, y acaso mas tarde nos ocuparemos en desarrollar este pensamiento.